

debió seguramente merecer los votos de todos, y el mismo santo, si Dios le permitió ver desde el cielo el retrato que de él habían hecho en la tierra, debió asombrarse no poco del carácter guerrero que bajo el cincel creador del artista, había tomado su tranquila y pacífica persona.

En efecto, la santa imagen era de veinte y dos pies de alto, llevaba una alabarda en la mano, una espada al costado, y estaba pintada de azul y rojo de la cabeza á los pies, lo que le daba un aspecto formidable.

Con todas estas probabilidades de cumplir bien su misión, y después de haberle hecho oír un largo discurso sobre el honor que se le había concedido, y los deberes que imponía aquel honor, fué instalado el santo con mucha pompa detrás del altar mayor sobre el que sobresalía toda su espalda.

Dos meses después había sido robada la custodia.

Adivinase cuanta zambra causó en la iglesia este lance, y el descrédito que naturalmente debió de recaer sobre el pobre santo. Los más exasperados decían que se había dejado sobornar; los más moderados, que se había dejado intimidar; otros más fanáticos todavía lanzaban con más furor sus invectivas y estos eran los miguelistas, que habiendo quedado en minoría en la discusión, habían guardado su rencor religioso con toda la fidelidad de un odio político. ¡Bravo! apenas hubo una ó dos voces que se atravesasen á tomar la defensa del infiel guardian. En su consecuencia fué expulsado ignominiosamente del santuario que había guardado tan mal, y como Berna estaba entonces en guerra con Friburgo, se le encargó de proteger la torre de Lombach que se alzaba fuera de la ciudad delante de la puerta de Friburgo. Hizosele entonces en aquella puerta el nicho que ocupa aun hoy día y se le colocó en ella cual á un soldado en su garita, con la prevención de que fuese más vigilante esta vez que la primera.

Ocho días después fué tomada la torre de Lombach.

Esta inaudita conducta trocó en desprecio el descrédito: el desventurado santo fué mirado desde entonces hasta por los hombres más razonables, no solo como un cobarde, sino también como un traidor, y *desbautizado* de comun acuerdo. Se le despojó del nombre respetable que había comprometido, y para envilecerle con un nombre abominable se le llamó Goliat.

Delante de él, y en actitud amenazadora, hay una linda estatuita de David sosteniendo una honda en la mano.

PRIMERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

EL LAGO DE THUN.

El segundo día que pasamos en Berna, fué consagrado á visitar la ciudad, materialmente hablando, una escursión investigadora de la vispera había desflorado todo lo pintoresco y poético.

Después de la catedral de que hemos hablado, nos quedaban por ver aun en clase de monumentos, la iglesia del Espíritu Santo, el arsenal, la casa de la moneda, los pósitos, el hospital y el palacio del Estado en donde residen los *avoynes* (magistrados), y los tesoreros. Todas estas construcciones datan de 1718 á 1740, es decir, que todos los itinerarios se las recomiendan á los viajeros como construcciones magníficas y que todos los artistas las miran como unas pobres chozas.

A las siete y media de la tarde salimos de Berna, el camino desde allí á Thun es uno de los menos montuosos y más cómodos de la Suiza. En general, los caminos de los cantones de Vaud, de Friburgo y de Berna, están admirablemente cuidados, y como el gobierno de estos cantones ha sido el primero que ha tenido según creo, el pensamiento de que los caminos reales no solamente se construyan para los carruages; si no también para las gentes que caminan á pie, ha hecho colocar bancos de trecho en trecho, como en un paseo, y junto á ellos una columna truncada sobre la cual pueden dejar su carga los que van con ella á cuestras mientras descansan.

A las dos horas de nuestra salida nos envolvió la noche, pero con esa sombra trasparente que indica la salida de la luna. Estaba invisible, sin embargo todavía, para nosotros. Levantábase entre ella y nosotros la gran familia de neveras, espectros inmóviles y melancólicos que cerraban el horizonte y miraban dormir la llanura; sin embargo, bien pronto se coloraron sus cimas con un ligero reflejo de plata mate que cada vez fué siendo más vivo. Entonces y directamente, detrás de la nevada cabeza del Eiger, apareció un globo de fuego, que se hubiera podido tomar por uno de los fanales de guerra que llamaban á las armas á la antigua Suiza. Bien pronto después volvió á tomar su forma esférica; pareció descansar ligeramente sobre la estremidad de la punta aguda como el fuego de San Telmo en la punta de un mástil; después, por último, meciéndose cual un globo aereostático que huye de la tierra, tomó su vuelo lento y silencioso hacia el cielo.

Así proseguimos nuestro camino en medio

de todos los fantásticos encantos de la noche, sin perder de vista ni un instante la muralla de nieve hacia donde avanzábamos, y de la que nos llegaban, aun que estuviésemos cerca de seis leguas distantes de ella, rumores desconocidos y lastimeros producidos por la caída de los aludes y los crujiidos de las neveras. De tiempo en tiempo, nos hacia volver la cabeza á derecha é izquierda un zumbido más cercano; ¡era alguna cascada arrojando á una montaña su cinta de gasa, ó algún bosque de pinos sobre cuyas altas copas soplabla la brisa y que se quejaban las unas á las otras en una lengua que deben comprender los que la habitan. Las cosas al parecer más inanimadas han recibido de Dios como nosotros, voces para alegrarse ó para llorar, acentos para alabar ó maldecir. Escuchad la tierra en una hermosa noche de verano, escuchad el mar durante una tempestad.

A las diez y media llegamos á Thun, desesperados por que haciendo tan buena noche no teníamos que andar aun cinco ó seis leguas.

Aquí iba á cambiarse nuestro modo de viajar, y los caminos reales iban á ceder su puesto á los lagos y á las montañas. Arreglamos nuestras cuentas con el cochero, que según dijo, estaba desesperado por dejarnos. Comprendimos que esto quería decir de un modo muy cortés, que le diésemos algo más para beber, y como era un escelente muchacho, no hubo en ello dificultad. Un cuarto de hora después volvió á decirnos muy consolado que había encontrado una señora y un caballero para su retorno á Lausana.

No ofrece Thun nada notable más que su escuela de artillería, y como no hubiésemos ido á Suiza para ver disparar cañones, retuve mi asiento para Interlaken en el barco de posta, no porque fuera más cómodo este medio de transporte, sino porque esperaba coger al vuelo en el camino alguna tradición á los pasajeros. A la mañana siguiente á las nueve y media partimos.

Embárcase uno á la misma puerta de la posada, y por espacio de diez minutos, poco más ó menos, se sube por el Aar que desciende de las neveras de Inister-Ahorn, y se precipita en las rocas de Handek desde una altura de trescientos pies, viene después á alimentar, atravesándolos en toda su anchura, á los dos lagos de Brientz y de Thun, separados uno de otro por la encantadora aldea de Interlaken, cuyo solo nombre indica su posición.

Después de estos diez minutos de marcha se entra en el lago.

Inmediatamente se ensancha el horizonte por todas partes, permaneciendo, sin embargo, más limitado á la izquierda que á la derecha, porque á la izquierda le guarnece en toda su longitud una colina de bosque que desde la distancia á que se ve parece un muro alfombrado de yedra, mientras que por la derecha se prolonga el paisaje ofreciendo dos escalo-

nes de montañas, las segundas de las cuales parecían mirar por cima de las primeras. De tiempo en tiempo se abre este primer plano y presenta azulada la garganta de un valle que desde las orillas del lago parece tan ancho como un foso de ciudadela, y que á su entrada presenta la abertura de una legua.

La primera ruina que choca á la vista al entrar en el lago es la del castillo de Schadeau, que fué construido á principios del siglo XVII, por un descendiente de la familia de Erlac. Su vista no recuerda á los habitantes ninguna tradición histórica; al paso que el Stratlingen situado á media legua más allá, le anonada con sus recuerdos.

El jefe de esta casa, á creer á la crónica de Einigen, no es otro que un Tolomeo, descendiente por su madre de la sangre real de Alejandria, y por su padre de una familia patricia de Roma. Convertido al cristianismo por medio de un milagro, (había divisado estando de caza una cruz entre los cuernos de un ciervo que iba á matar) tomó en el bautismo el nombre de Theodo-Rick, y huyendo de las persecuciones del emperador Adriano, se presentó en la corte del duque de Borgoña, que estaba entonces en guerra con el rey de Francia. Cuando se hallaron á la vista ambos ejércitos, convinose entre los jefes que un combate singular decidiría la cuestión: el duque de Borgoña nombró por su campeón á Theodo-Rick, fijándose el día del combate. Pero por la noche vió el mantenedor del rey de Francia en sueños al arcángel San Miguel peleando por su adversario. Dióle tal espanto esta vision, que al despertarse se declaró vencido. El duque de Borgoña, reconocido á Theodo-Rick por una victoria en que de una manera tan visible se había manifestado la intervencion divina, le dió en recompensa á su hija Demut y el Hübsland, dote que se componía de la Borgoña y del lago Vandálico (1). En la orilla de este lago y en la parte más pintoresca fué donde el nuevo señor de este hermoso país hizo edificar el castillo de Stratlingen.

Doscientos años después de estos sucesos, el señor Arnaldo de Stratlingen, descendiente de Theodo-Rick, fundó en honor de la milagrosa asistencia que San Miguel había dispensado á su antepasado, la iglesia del Paraíso, que dedicó á este santo. En el momento en que los trabajadores acababan de colocar la última piedra, se oyó una voz que dijo: «Aquí se halla un tesoro tan grande que nadie podrá pagar su valor.» Pusiéronse inmediatamente á buscar este tesoro, y se encontró en el altar mayor una rueda del carro del profeta Elias, y sesenta y siete cabellos de la Virgen. Había sido practicada la cavidad en el altar para introducir allí á los enfermos y endemoniados, que los días de gran fiesta obtuvieron muchas veces su entera curacion.

(1) Lacus Vandálicus,

Después de muchas revoluciones sucesivas en las demás partes del mundo, la pequeña Borgoña que se hallaba sometida siempre á los señores de la misma raza, fué erigida en reino. Hacia el siglo X reinaba en él, el rey Rodolfo y la reina Berta, cuya silla y sepulcro hemos visto en Payerna; pero las costumbres sencillas y religiosas que les habían inmortalizado, fueron muy pronto reemplazadas por el lujo y la impiedad. La comarca que les estaba sometida, tomó bajo sus sucesores el nombre de *Zur Goldemen Luts* (mansión de oro y de placer), y el castillo de Spietz, que hicieron ellos edificar en las márgenes del lago, el de *Goldner Hof* (corte dorada). En fin, llegaron á tal grado en aquel pequeño reino la licencia y la impiedad, que la misericordia celestial se cansó y fué resuelta su pérdida. En consecuencia, habiendo Ulrico, último señor de esta raza, convidado á su corte el día de su matrimonio, á un paseo por el lago, Dios suscitó una tempestad, y de un solo golpe de viento hizo zozobrar á toda aquella pequeña flotilla. Por un momento estuvo el lago cubierto de flores y diamantes, después se lo tragó todo sin que una sola de las personas convidadas á aquella fiesta mortuoria obtuviese gracia delante de su juez.

El mismo día desaparecieron la rueda del carro y los sesenta y siete cabellos de la Virgen. Desde entonces no se ha vuelto á hablar más de ello. Una inscripción grabada sobre la roca indica el sitio del lago que fué testigo de este suceso.

Mientras un pasajero nos refería esta trágica historia, el cielo parecía prepararse para obrar un milagro del mismo género que el que había estinguido la familia real de los Stratlingen. Habíase oscurecido el día y las nubes se bajaban gradualmente y nos ocultaban las blancas cimas del Blumlisalp y del Yungfrau, estendiéndose después sobre la cordillera de montañas que formaba el segundo término del cuadro, truncando sus formas para darlas los más caprichosos y más desconocidos aspectos; el Niesen, sobre todo, magnífica pirámide que se eleva en perfecta proporción, y á la altura de cinco mil pies, parecía prestarse con suma complacencia á los más fantásticos juegos de aquellos caprichosos hijos del aire. Primero fué una nube que detenida por su aguda cima, se fijó en ella, y estendiéndose sobre sus anchas espaldas, tomó la ondulante forma de una peluca á lo Luis XIV; después, ensanchándose en círculo en su estremidad inferior, vino á unirse en su pecho y anudarse en él como una corbata. Por fin, aquella masa trasparente, espesándose y bajando poco á poco, cortó completamente la cabeza del gigante, é hizo de su poderosa base una mesa sobre la cual parecía puesto el mantel para una comida á la que Micromegas hubiese convidado á Gargantua.

Estaba yo muy ocupado en hacer todas estas observaciones, cuando acudió á nosotros

desde el valle, más rápido mil veces que un caballo, una especie de cierzo visible que parecía cortar la tierra. Lo que le hacía tan visible, no era otra cosa que el polvillo nevoso que había levantado de las cimas de las montañas de donde bajaba. Hicésete notar á nuestro piloto que me respondió con una voz breve, y aun sin volver siquiera hacia él, tan ocupado estaba el timón. «Si, si, bien lo veo, y os respondo que nos va á dar mucho que hacer sino tenemos tiempo de ponernos al abrigo detrás de esas rocas. Vamos, chicos, gritó á los remeros: ¡cuatro brazos á cada remo, y boguemos adelante!» Los barqueros obedecieron al instante, y nuestra pequeña embarcación tocó ligera la superficie del lago, cual una golondrina que moja la punta de sus alas en el agua.

Al mismo tiempo pasó sobre nosotros la primera ráfaga de viento mensajera de la tempestad que se venía encima, llevándose el sombrero del piloto. Este mostró tanta indiferencia á aquel accidente, que yo creí que no lo había notado, y le dije alargando el brazo hacia el parage en que flotaba sobre el agua el fieltro, cual un barquichuelo perdido.

—Oid, amigo, ¿no veis?

—Si, si, me respondió, siempre sin mirar.

—Pero, ¿y vuestro sombrero?

—La administración me dará otro. Es un caso previsto ya en la contrata, y á no ser así no me bastaría mi sueldo. Ya van cinco en este año.

—¡Muy bien! ¡entonces buen viaje!

Al mismo tiempo, el sombrero que al parecer hacia agua por el fondo, zozobró y desapareció.

Mientras contemplaba yo el naufragio del pobre sombrero, sentí disminuirse el movimiento de nuestra barca. Volvíme para averiguar la causa, y vi á dos marineros que habían dejado los remos y arrollaban con ligereza el toldo que tenía el barco. Esta maniobra hizo dar grandes gritos á las damas que veían acercarse la lluvia rápidamente y que habían contado con aquel abrigo para resguardarse de ella. El piloto se volvía hacia ellas.

—¿Queréis hacer lo mismo conmigo que con mi sombrero? les dijo...

—No.

—Pues bien: dejadnos maniobrar y estad tranquilos.

En efecto, veíase bien que no tendríamos tiempo de alcanzar el abrigo que las rocas nos ofrecían, aunque no estábamos más que á cincuenta pasos; el viento nos vencía en ligereza, y nos anunció su aproximación por los agudos silbidos de sus primeras bocanadas cargadas de nieve. Saltó en aquel momento la barca cual si diese sobre una piedra que un muchacho hace rebotar; nos hallábamos en medio del buracan; nuestro pequeño océano tomaba la apariencia de tener una borrasca.

Sin embargo, la cosa era más seria de lo

que á primera vista podía creerse. En el mismo sitio en donde nos hallábamos, se había hundido en el fondo el último invierno un barco cargado de leña, y los barqueros se habían salvado, subiéndose sobre la pirámide que formaba su cargamento; habían pasado la noche sobre aquella eminencia que á la mañana siguiente se había encontrado rodeada de témpanos de hielo que la noche había consolidado al rededor como una isla polar. Hasta después de veinte y cuatro horas en esta situación no vinieron á socorrerlos otros barqueros.

En cuanto á nosotros no teníamos ni aun esta probabilidad de salvación; nos lo hizo comprender perfectamente el piloto, preguntándome á media voz:—¿Sabeis nadar?—Comprendí perfectamente, y á pretexto de que no temía más que mi blusa, y no quería exponerme á que se mojase, me desembaracé de la especie de vaina en la que me tenía metido, y estuve pronto á todo evento.

Sin embargo, no tuvimos más disgusto que el miedo, y nuestro barco llevado por el viento que cogiéndole de través, tenía trazas de quererle volcar, atravesó así el lago en toda su anchura y abordó sin novedad á la punta de la Nesa, por bajo de la gruta de San Beat.

Al poner el pie en tierra di gracias á la tempestad, en vez de guardarle rencor; gracias á ella podía hacer una peregrinación al *Saint-Beaten Hohle*, que de otro modo no hubiera tenido ocasión de visitar. Pagué mi pasaje al piloto, manifestándole, que no quedando ya más que legua y media que andar para llegar á Neuchaus, en donde se encuentran carruages para Interlaken, haría á pie el resto del camino.

La tormenta duró aun media hora casi, hallamos abrigo dentro de una cabaña que hay al pie de la costa. Pasado este tiempo se despejó el cielo, el lago cesó de hervir, y nuestra embarcación se puso otra vez en camino mientras yo comenzaba mi ascension acompañado de un chiquillo que se brindó á servirme de guía.

Por el camino supe que la gruta que íbamos á visitar había servido de estancia á San Beat, que vino á establecerse allí en el siglo III. La había conquistado á un dragon que tenía su residencia en ella, al que ordenó le dejase el sitio libre, lo que el dócil animal hizo al punto. Dice la leyenda que era oriundo de Inglaterra y de un ilustre nacimiento. Antes de haberse convertido y bautizado en Roma en tiempo del emperador Claudio, se llamaba Seutonio: salió de aquella ciudad con su compañero, que también se había mudado su nombre de Achates en el de Justo, á fin de ir á predicar el cristianismo á la Helvecia. Hizo prontamente allí numerosos neófitos, cuyo número aumentó con un milagro. Un día que unos barqueros se negaron á llevarle á Eineigen á la otra parte del lago en donde le esperaba una gran multitud del pueblo, tendió su

capa sobre el agua, y colocándose encima, hizo sobre tan frágil embarcación las dos leguas que le separaban de la aldea donde era aguardado: desde entonces toda aquella comarca quedó sometida á la palabra del hombre cuya celestial misión se había manifestado con tal maravilla.

El camino de la gruta es difícil cual si el santo le hubiese escogido aludiendo al del cielo; hállase cortado por multitud de barrancos, contándose mi guía que en uno de ellos que me señaló, llamado por los habitantes la Flocksgraben, se había caído ya hacia algunos años, de noche, un hombre con su caballo. El infeliz se rompió las dos piernas, y fueron tantos y tales los gritos que dió que se oyeron á la otra parte del lago, una legua de distancia, mientras esperaba auxilio: muriéndose de sed como ordinariamente ocurre siempre en caso de fractura, y no pudiendo menearse del sitio en que había caído, había mojado parte de su capa en el arroyo que corría al pie del barranco, chupándola para apagar la sed y refrescar su boca.

Llegamos, sin embargo, sin que nos sucediera nada semejante hasta la abertura de la gruta, ó más bien de las grutas, por que la caverna tiene dos orificios. De la más baja de sus dos bóvedas sale el manantial de Beaten-Bach (arroyo de San Beat), que se precipita con estrépito entre las rocas. En la orilla de este arroyo fué donde espiró el santo á los noventa y ocho años de edad: su cráneo fué conservado en la caverna vecina y espuesto hasta 1528 á la veneración de los fieles, habiendo en aquella época venido dos diputados del gran consejo de la ciudad de Berna, que acababa de adoptar la reforma, á llevarse aquella reliquia, mandándola enterrar en Interlaken. No por eso cesaron los católicos en sus peregrinaciones á la gruta, hasta que se tapió la entrada en 1566, volviéndola á abrir después. Esta bóveda puede tener unos treinta pies de profundidad y de cuarenta á cuarenta y cinco de ancho.

La gruta del arroyo, aunque menos veneranda, es más curiosa, presentando las arcadas por donde llega el torrente, aunque bajando gradualmente, un camino practicable por espacio de seiscientos ó seiscientos cincuenta pies. No habíamos hecho ninguno de los preparativos necesarios para aventurarnos en aquel abismo, y por otra parte aunque los hubiésemos hecho, la cosa fué bien pronto imposible. En efecto, apenas tuvimos tiempo para visitar la boca de la gruta, cuando me pareció que se aumentaba por momentos gradualmente el ruido que se oía en la profundidad. Hicésete notar á mi pequeño guía, que escuchó con atención, después no me dijo más que estas palabras.—Es la revista de Seefeld, ¡huyamos!—Eché á todo correr. Yo no sabía lo que era la revista de Seefeld pero corría con tan buena gana el muchacho, que eché á correr

detras de él sin saber á donde iba ni de lo que huía. Se detuvo y me detuve yo. Nos miramos y él se echó á reír.

Creí que el tunante se habia burlado de mí, y acababa de cogerle de una oreja para hacerle ver lo poco que me gustaban semejantes chanzas, cuando estendiendo la mano hácia la caverna me dijo.—¡Mirad!

Dirigi la vista en aquella direccion que me indicaba y presencié un fenómeno cuya esplicacion me pareció fácil. La boca de la gruta se habia llenado casi enteramente por el torrente cuyo volumen se habia mas que triplicado. El ruido del agua que se agolpaba, era el que habiamos oido, y su aumento era debido al agua de la tormenta que se habia filtrado por las hendiduras de las rocas, y aumentado el manantial; si nos hubiésemos adelantado solamente cien pasos mas en la caverna, no hubiéramos tenido tiempo de huir: en cuanto al nombre de revista *Séesfeld*, con el cual se designa este accidente que se renueva á cada tormenta, me esplicó mi guía que se derivaba á un tiempo del nombre del pasto que cubre la cima de la montaña que se llama *Séesfeld* y de la semejanza del ruido que hace, con el que harian las descargas de fusilería mezcladas con cañonazos. Me aseguró que esta especie de detonaciones se oian á dos leguas.

Dadas estas esplicaciones, nos despedimos de Beaten-Hohle y nos pusimos en camino para Neuhaus; á donde llegamos sanos y salvos, y donde encontré yo un carruaje que mediante la suma de un franco y cincuenta céntimos me llevó á Interlaken. Allí encontré á nuestros demas pasajeros, no muy repuestos aun de su miedo, que iban á ponerse á la mesa. Faltó uno cuando se pasó lista, aquel pobre diablo se sobrecogió tanto del miedo, que al poner el pie en tierra fué atacado de una calentura, que aun no se le habia quitado cuando volví cinco dias despues de mi expedicion á la montaña.

SEGUNDA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

EL VALLE DE LAUTERBRUNNEN.

Al llegar á Thun, he dicho creo, sin entenderme mas sobre este asunto, que allí es donde comienza el *Oberland*. Unos cuantos renglones sobre la significacion de esta palabra y sobre el pais que designa.

Oberland significa la tierra de arriba. Es para Berna lo que Dieppe para Paris, una ro-

mería. Con uno ó dos años de anticipacion se promete en las familias ir á ver las neveras lo mismo que en las calles de San Martin ó de San Dionisio se goza con igual anticipacion con la idea de ir á hacer una visita al mar. La reputacion de este magnifico pais se estiende mucho mas alla de la Suiza. Hay ingleses y franceses que salen de Londres y de Paris solamente para ver el *Oberland* y no otra cosa, y despues de haber hecho una excursion de siete ú ocho dias por las montañas que lo rodean, se tornan á su casa muy convencidos de que han visto todo lo que merece ser visto en la Suiza. Verdad es que si no es la parte mas curiosa, es al menos la mas brillante.

Interlaken se halla por su posicion, y es el punto de reunion de los viajeros que llegan para ver ó que se vuelven despues de haber visto. No es raro el hallarse uno á la mesa con los representantes de ocho ó diez naciones distintas; así la conversacion de los que comun es una especie de gerigonza en la que apenas puede comprender algunas palabras el filólogo mas diestro, propia para hacer olvidar á uno al cabo de quince dias su lengua materna.

Tambien allí empieza á ser mas grande la dificultad de comunicarse con los guías; muy pocos hablan francés de una manera inteligible. El que me dió el posadero me ha hecho estudiar en los cinco dias que le tuve conmigo un verdadero curso de patua.

Nos habian detenido toda la mañana los preparativos de viaje. No pudimos ponernos en camino para Lauterbrunnen sino á la una de la tarde.

Recomendáronnos mucho que no nos olvidásemos al pasar por Abatin, aldeita situada á un cuarto de hora de Interlaken, visitar las vidrieras pintadas que adornan una casa particular y que datan de tres siglos. Una de ellas me pareció bastante original para no pedir la esplicacion á su propietario; representaba un oso armado con una maza, y llevando dos rábanos en su cinto, y uno en la pata.

Ved aqui la tradicion á que se refiere esta estraña pintura. En 1250 el emperador de Alemania llamó á las armas á sus pueblos de *Oberland*, mandándoles que enviasen á su ejército cuantos hombres pudiesen poner sobre las armas. Habitaban entonces en Iseltwald, sobre las riberas del lago de Bieng, tres fuertes y poderosos gigantes: pasaban su vida cazando y se vestían con las pieles de los osos á quienes ahogaban entre sus brazos. Los pueblos de *Oberland* creyeron haber cubierto dignamente su contingente enviando aquellos tres hombres.

Cuando el emperador los vió llegar se enfadó mucho por que habia contado con un socorro mas eficaz. Los tres hombres que le enviaban, ni aun armados venian.

Los gigantes dijeron al emperador que no le diese cuidado el que fuesen pocos, pues

ellos tres solos le prometian hacer el servicio de un ejército entero, y que en cuanto á armas se las proporcionaria el primer bosque que encontrasen.

Efectivamente, penetraron en un bosque inmediato al campo de batalla una hora antes del combate, y cortaron cada uno una encina: limpiándolas de las ramas hicieron con ellas unas mazas, con las cuales se colocaron uno en el ala derecha, otro en la izquierda y otro en el centro del cuerpo del ejército. El éxito de la batalla probó que no habian presumido demasiado de su mérito, sus enormes mazas hicieron en las filas enemigas un destrozo que decidió muy pronto la victoria. El emperador agradecido les dijo entonces.—Pedidme lo que querais, que al momento lo tendreis. Consultáronse entre sí los tres gigantes; despues dijo el mayor.—*Pedimos que á vuestra graciosa magestad plazca otorgarnos el derecho de arrancar en los plantíos de Boningen, territorio del imperio, todas las veces que nos paseemos por las orillas del lago y tengamos sed, tres rábanos que llevaremos uno en la mano, y los otros dos en el cinturón.*

Su magestad se dignó concederles su peticion: los tres gigantes llenos de júbilo regresaron á Iselwald, en donde disfrutaron del privilegio de comer rábanos imperiales todo el resto de su vida.

Un cuarto de legua mas allá de Mattin, y á la derecha del camino, las ruinas del castillo de Uspunnen, se van desmoronando por momentos; pertenecía en otro tiempo al señor de aquel nombre, que era muy considerado por el consejo de Berna. Habia intentado en varias ocasiones, dando infinitos pasos, lograr del viejo Walter de Wadenschwyl, unir el valle de Oberhasli, del que este era señor independiente, al territorio de la ciudad. Mientras el señor de Uspunnen se ocupaba en esto, el jóven Walter vió á su hija, se enamoró de ella y dió con su padre pasos que no tuvieron éxito. El señor de Uspunnen, furioso, prohibió á los jóvenes que se volvieran á ver; pero los jóvenes que se ocupaban poco de los negocios de sus padres, desaparecieron un dia juntos dejando á los ancianos que arreglasen sus intereses y los de la ciudad de Berna.

Al año murió el viejo Walter.

Una tarde que el castellano de Uspunnen lloraba solitario y triste la pérdida de su hija única, llegaron á la puerta de su castillo á pedir hospitalidad dos peregrinos que volvían de Roma. Hizolos entrar. Los dos se llegaron á él, se arrodillaron á sus pies, y levantando las capuchas, le pidieron la bendicion paternal, única formalidad que faltaba todavía para su matrimonio. El anciano quiso negársela al pronto, pero entonces sacaron de su seno dos papeles que le presentaron: el uno era el perdón del papa, y el otro, una donacion al canton de Berna del valle de Oberhasli. El anciano no

pudo resistir á aquel doble ataque; por otra parte, le habian hecho padecer demasiado los fugitivos para no perdonarlos.

Al cabo de una media legua atravesamos el arroyo de Saxeten, sobre los restos de su puente, que la tempestad de la vispera habia hecho pedazos; despues entramos en el valle de Lauterbrunnen, subiendo siempre la corriente del Lutchine.

El vallecito de Lauterbrunnen, es seguramente uno de los mas deliciosos valles de la Suiza; en ninguna parte se desarrolló mas la lozania de la vegetacion, como en la base de las montañas. Donde quiera que hay un rinconcito de tierra, al punto dice una semilla: esta tierra es mia, y la cubre. ¿Cae rodando por acaso desde la cima de la montaña un peñasco desnudo y árido? pues apenas se ha detenido en el valle: el viento le cubre de polvo, llega la lluvia, y le adhiere sobre su superficie. Pronto verdeguea en él un poco de musgo, cae en él una bellota, brota un arbusto, estiendo sus mil rastreras raíces, que siguen enroscándose en los caprichosos contornos de la roca, hasta que por fin tocan á la tierra. Entonces, la masa de piedra queda prisionera para siglos, la encina que en lo sucesivo recibe ya su alimento de la madre comun, se agarra imperiosamente á ella, cual la garra de un águila sobre un canto, se desarrolla de dia en dia, y crece de año en año de tal modo, que se necesitará un dia nada menos que la cólera de Dios para desarraigar el gigante.

Despues de haber caminado media legua casi, por este paisaje, cuyos tonos primitivos ya tan naturalmente acentuados, toman nuevo vigor por los accidentes de sombra y de luz que vierten sobre sus diferentes partes las nubes y el sol, se llega cerca de la roca de los Hermanos, dominada por la Rothen-Fluth. Este pico rojizo, como ya lo indica su nombre, estaba coronado en otro tiempo por un torreón perteneciente á dos hermanos, Ulrico y Rodolfo. Los desunió el amor de una muger. Rodolfo que habia sido el despreciado, ocultó su pena, y encerró en sí por algun tiempo su rencor. La vispera del dia en que debia hacerse el matrimonio, propuso al novio una cacería en la montaña; aceptó este sin desconfianza alguna la oferta de su hermano, y partió con él. Llegados al pie del peñasco que hemos indicado, y viendo la soledad que al rededor de ellos reinaba, Rodolfo dió á su hermano Ulrico una puñalada. Ulrico cayó muerto.

Entonces sacando de entre las zarzas un azadon que habia escondido la vispera, abrió el asesino un hoyo, arrojó en él su víctima, y lo cubrió con tierra, y notando que se hallaba manchado de sangre, se dirigió al Lutchine que corre á algunos pasos del peñasco.

Luego que hubieron desaparecido las manchas que cubrian su vestido, se levantó y echó una mirada por última vez sobre el teatro del asesinato, por ver si le denunciaba alguna co-

sa. El cadáver de Ulrico, que acababa de enterar, estaba tendido sobre la arena.

Abrió Rodolfo un nuevo hoyo y arrojó en él segunda vez á su hermano, pero advirtiéndole que á medida que lo llenaba de tierra volvían á aparecer las manchas de sangre en su vestido. Acabado de llenar el hoyo se encontró todo ensangrentado.

Dudando de sí mismo, volvió á bajar segunda vez al arroyo, cuyas cristalinas aguas hicieron desaparecer de nuevo aquel aterrador prodigio, y despues, volviéndose casi delirante hacía el peñasco, dió un grito horroroso y huyó. El sepulcro habia vomitado otra vez el cadáver.

Por la tarde las gentes de Ulrico hallaron el cadáver de su amo, y le condujeron al castillo.

Rodolfo, no atreviéndose á pedir hospitalidad á nadie, murió de hambre en la montaña.

Una inscripcion abierta en la roca comprueba la verdad del suceso, pero sin entrar en los detalles que acabamos de contar, y que sin duda hubieron de parecer demasiado pueriles al severo historiador que la ha hecho grabar. Véidla aqui:

AQUI EL BARON DE ROTHEN-FLUTH FUE MUERTO POR SU HERMANO, OBLIGADO A HUIR, EL ASESINO TERMINO SU VIDA EN EL DESTIERRO Y LA DESESPERACION, Y FUE EL ULTIMO DE SU RAZA EN OTRO TIEMPO TAN RICA Y PODEROSA.

Casi enfrente de las ruinas del castillo de Rothen-Fluth á la otra parte del valle y como una pareja colosal, se alza el Scheinige-Platte; es una montaña cuya cima roja y de forma redonda conserva el rastro de las aguas primitivas. Desde la cima de esta roca que domina al valle á la altura de casi tres mil pies, fué precipitado por el genio de la montaña un cazador de gamos, cuya historia me contó mi guia con un acento que ofrecia una singular mezcla de duda y de credulidad. Aquel cazador que se entregaba á su profesion con todo el ardor que tienen por ella los montañeses, era un pobre diablo á quien la miseria habia obligado á tomar al principio este oficio, que despues se convirtió en una necesidad. Su destreza era reconocida y su reputacion se extendia del uno al otro confin del Oberland. Un dia, persiguiendo á una cierva preñada, el pobre animal, no pudiendo atravesar un precipicio, que en cualquiera otra ocasion hubiera atravesado de un salto, viendo la muerte delante y detras de ella, se tumbó á la orilla del abismo, y como un ciervo acosado se puso á dar gemidos. La vista de las angustias de la pobre madre no enterneció al cazador, que armó su ballesta, cogió una flecha de la aljaba y se preparó para atravesarla, pero al dirigir su vista al sitio en donde la acababa de ver sola un instante antes, divisó á un anciano sentado

teniendo á sus pies la cierva anhelante lamiéndole la mano. Aquel anciano era el genio de la montaña. A su vista bajó el cazador su ballesta, y el genio le dijo:

—Hombres del valle, á quienes Dios ha dado todos los dones que enriquecen la llanura, ¿por qué venis á atormentar así á los habitantes de la montaña? Yo no bajo adonde vosotros estais para robar las gallinas de vuestros corrales, y los bueyes de vuestros establos. ¿Por qué, pues, subis entonces aqui para matar los gamos de mis rocas y las águilas de mis nubes?

—Porque Dios me ha hecho pobre, respondió el cazador, y no me ha dado nada de lo que ha dado á los demas hombres, escepto el hambre. Entonces, como no tengo ni gallinas ni vacas, he venido á buscar los huevos del águila en su nido, y á sorprender á los gamos en su guarida. El águila y los gamos encuentran su alimento en la montaña; yo no puedo hallar el mio en el valle.

Entonces el anciano reflexionó un poco, despues haciendo una seña al cazador de que se le acercase, se puso á ordeñar á la cierva en una copita de madera; la leche tomó al punto la consistencia y forma de un queso; el anciano se lo dió al cazador:

—Ahí tienes, le dijo, con que aplacar tu hambre en lo sucesivo; en cuanto á tu sed, mi sudor suministra bastante agua para que tú tomes tu parte. Encontrarás siempre entero este queso en tu morral ó en tu armario, con tal que nunca le consumas todo; te lo doy con la condicion de que en adelante dejarás en paz á mis gamuzas y á mis águilas.

El cazador prometió renunciar á su estado, volvió á bajar á la llanura, colgó su ballesta en su chimenea, y vivió un año del queso milagroso que se hallaba intacto cada nueva comida.

Por su parte, los gamos habian vuelto tambien á tener confianza en los hombres, y dejaban hasta el valle en donde se les veia brincar alegremente, saliendo al encuentro á las cebra que se encaramaban por la montaña.

Una tarde que el cazador estaba asomado á su ventana llegó un gamo tan cerca de su casa, que podia matarlo sin salir de ella. La tentacion era demasiado fuerte: descolgó su ballesta, y olvidando la promesa que habia hecho al genio, apuntó con su acostumbrada destreza al animal, que pasaba sin recelo, y lo mató.

Corrió al momento hacía el sitio donde habia caido el pobre animal, se lo cargó á la espalda, y habiéndoselo llevado á su casa, preparó un pedazo de él para cenar.

Despues que se lo hubo comido, se acordó del queso, que en aquella ocasion le iba á servir, no de comida, sino de postres. Fué, pues, al armario, y lo abrió: salió de él un enorme gato negro, con ojos y manos de hombre, que tenia el queso en la boca, y saltando por la

ventana, que se habia quedado abierta, desapareció con él.

No se inquietó por esto el cazador, se habian hecho tan comunes en el valle los gamos, que por un año no tuvo necesidad de irlos á buscar á la montaña. Sin embargo, poco á poco se fueron espantando, se hicieron mas raros, y al fin acabaron por desaparecer del todo. El cazador, que habia olvidado la aparicion del viejo, volvió á sus antiguas correrías por las rocas y las neveras.

Un dia se encontró en el mismo sitio en que tres años antes habia sacado de su guarida una cierva preñada. Sacudió el matorral de donde esta habia salido, y salió tambien otra dando brincos. Tiróla una flecha, y el animal herido, fué á parar al borde del precipicio en donde se habia aparecido el anciano.

Siguióla el cazador, pero no llegó á tiempo para impedir que el animal que perseguia, en las convulsiones de la agonía no resbalase, cayéndose al abismo desde lo alto de la roca.

Para mirar adónde habia caído, inclinóse. En el fondo estaba el genio de la montaña; sus ojos se encontraron con los del cazador, que no pudo separarlos de él. Entonces sintió que se apoderaba de él un vértigo increíble, quiso huir y no pudo. El viejo le llamó tres veces por su nombre, y á la tercera el cazador lanzó un grito de angustia que se oyó en todo el valle y se precipitó en el abismo.

He designado con el nombre de Lutchine el riachuelo que costea el camino de Lauterbrunnen; he cometido un error, pues debiera haber dicho los dos de Lutchines (Zwey-Lutchinen), porque cerca de unos mil pasos encima de las montañas de que acabamos de hablar, se encuentra el punto donde se reunen al pié del Hunnenfluh el Lutchine Negro, que baja de la nevera de Grindewald, y el Lutchine Blanco de la del Tschingel. Por algun trecho corren uno al lado del otro en el mismo álveo, sin mezclar sus aguas, que conservan á cada lado de la orilla su matiz propio, la una su tinte de yeso y la otra un color ceniciento. Allí el camino se divide en dos, lo mismo que el torrente, y se forma una senda en cada orilla, la una que conduce á Lauterbrunnen, y la otra á Grindewald. Nosotros continuamos costeano el Lutchine Negro, y una hora despues ya estábamos en la posada de Lauterbrunnen.

Aprovechamos inmediatamente la media hora que el posadero nos declaró necesitaba para confeccionar nuestra comida, en ir á visitar el Stambach, una de las cascadas mas nombradas de la Suiza.

Desde lejos habiamos visto aquella inmensa colina semejante á una manga que se precipita de una altura de novecientos pies por un salto perpendicular, aunque ligeramente arqueado por el impulso que le dan los saltos superiores. Acercámonos á ella cuanto pudimos, es decir, hasta el borde del estanque que

ha socavado en la roca, no por la fuerza si no por la continuacion de su caída, pues aquella columna compacta en el momento de lanzarse desde la roca, no es mas que vapor cuando llega abajo. Es imposible figurarse una cosa mas graciosa que los ondulantes movimientos de aquella magnífica cascada; una palmera cuando se dobla, una muchacha que se cantonea, una serpiente que se desenrosca, no tienen mas ligereza que ella. Cada soplo del viento la hace ondular como la cola de un caballo gigantesco, y tanto, que de aquel volumen inmenso de agua que se precipita, y despues se divide, y despues se esparce, apenas caen algunas gotas en la balsa destinada á recibirla. La brisa se lleva lo demas, y va á sacudirla á un cuarto de legua de distancia sobre los árboles y las flores, cual un rocío de diamantes.

Gracias á los accidentes á que está sujeta esta bella cascada, rara vez han podido verla bajo la misma forma dos viajeros á diez minutos de intervalo uno de otro, tanta influencia tienen en ella los caprichos del aire, y tanta coquetaría pone en seguirlos. No varia solamente en su forma, sino tambien en su color; parece que á cada hora del dia cambia la tela de su vestido, tanto se reflejan los rayos del sol en sus diferentes matices, en su polvo líquido y en sus centellas de agua. A veces llegan de repente corrientes de un viento del Sur (fonwnd) que cogen á la cascada en el momento en que va á caer, la detienen suspendida, la rechazan hacía su origen é interrumpen enteramente su caída; despues las aguas corren de nuevo á precipitarse en el valle mas ruidosas y mas rápidas. A veces algunas bocanadas de viento del Norte helado congelan de un soplo aquellos copos de espuma que se condensan en granizo. Entretanto llega el invierno, cae la nieve, se adhiere á la pared de la roca desde donde se columpia, la cascada se convierte en hielo, aumenta de dia en dia las masas que se prolongan á su derecha é izquierda; terminando, en fin, despues de figurar dos enormes pilastras derribadas, que parecien el primer ensayo de una arquitectura audaz, que pusiese sus cimientos en el aire y edificaria de alto á bajo.

TERCERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

PASO DE LA VENGENALP.

Al dia siguiente fui despertado al amanecer por mi guia con una cancion tirolesa bajo mi ventana.